



Luis Magrell

LOS ASESINADOS DEL SEGURO OBRERO

CARLOS DROGUETT

35852

LOS ASESINADOS DEL SEGURO OBRERO

REPOSICION DE LA BIBLIOTECA

CRONICA

Portada y comentarios gráficos
de Luis O. Droguett

Santiago de Chile
1940

Es Propiedad
Registro N.º 7751

COPYRIGHT by
Carlos Droguett, 1940

FABRICACION CHILENA

Prensas de la Editorial Ercilla, S. A.

PRINTED IN CHILE

— Santiago de Chile

EXPLICACION DE ESTA SANGRE



Temo — y no quisiera desmentirlo — que estas páginas que ahora escribo vayan a resultar una explicación de mí mismo. No importará. Lo que publico, después de todo, lo escribí porque lo sentí bien mío, íntimo de mi existencia, hace un año, cuando fué hecho. Por esto mismo no he querido cambiar nada, exhumar cosa para averiguar más carne, más sangre. Esta, se ha entregado al libro de la imprenta tal como se entregó a la página del diario en el pasado invierno. Yo no podía meter mis manos en ella otra vez. Esa no fué mi labor verdadera. Yo sólo recogí, a la ma-

nera mía de coger las cosas, esa sangre que corriera hace dos años por nuestra historia; no fué otra mi tarea, agacharme para recoger. Traté de trabajar entonces con las dos manos para no perder detalle ni hilo, para recoger toda la sangre, para construirla otra vez, y que corriera más abundante por los cauces de nuestra historia. Así, pues, verdaderamente, esto no es un libro, no es un relato, un pedazo de la imaginación, es la sangre, toda la sangre vertida entonces que entrego ahora, sin cambiarle nada; sin agregarle ninguna agua, la echo a correr por un lecho más duradero y más sonoro. Mi tarea no fué otra, no es ahora, otra que ésta, publicar una sangre, cierta sangre, derramada, corrida por algunos edificios, por ciertas calles, escondida, después, para secarla, debajo del acto administrativo, del papel del juzgado. Quise hacerla aprovechada. Puse mi voluntad en ello, mi amor propio otras veces, mi rabia de entonces casi siempre. No se habría podido reunir esta sangre sin sentir rabia al ordenarla. Con rabia roja la escribí. De noche me puse a redactarla para sentir correr su fuerza. Así pude componerla, rehacerla hasta la última gota. Creo que está completa. Creo que no se pierda.

Se ha perdido tanta sangre ya en nuestra pequeña e intensa historia. Ninguno quiso nunca recogerla, todos la dejaron que corriera sola. Nadie tuvo voluntad, no, no tuvieron cabeza para recoger la sangre corrida en cada siglo, en cada tiempo, en cada presidencia, en cada política. Cada vez, cada ocasión, cada acontecimiento, existió la mano mala para verter la sangre, pero nunca tuvo exis-

tencia la mano terrible para recoger, para contar esa sangre. Abro la historia de nuestro pueblo y me quedan manchadas de sangre las manos, desde la primera hoja araucana. Toda la vida la dejaron que corriera, que cayera para secarse ahí mismo donde tumbó el asesinado, pero, cada día de escuela, los niños de nuestra tierra, cuando abren el libro de la historia, ven que las manos, hojeando la historia, les quedan empapadas. La sangre corre haciendo ondulaciones, haciendo un rumor de muchedumbre colorada por adentro del libro. Hemos sentido siempre sonar ahí la sangre, toda la sangre chilena vertida en la tierra nuestra y ella sola echada a correr entre las líneas, reunida en un gran río grueso. Es una sangre que clama al oído verdadero que quiera oírla, que corresponda con ella, que llama a gritos de sangre a la mano metida en el destino y que venga a rescatar, para trabajarla, para elaborarla.

Toda la sangre chilena, vertida por el crimen, se ha perdido, oigo con toda mi alma que se ha perdido. Ha sido ella nuestra mejor sustancia para confeccionar lo nuestro verdadero, lo de nosotros que dure. ¿Cómo han podido perderla? Toda la sangre, tanta sangre. Quiero mencionar alguna, para confirmar y para gritar mi sentimiento. La sangre heroica, la novelesca, la criolla sangre de Manuel Rodríguez, hasta ahora, se ha estado perdiendo, todavía corre por los campos de Tiltil, todavía corre y no se seca. No se secará hasta que alguno piadoso de cultura, de historia de sangre, la recoja con la mano del alma para elaborar el ser. La sangre de los hermanos Carrera, apresura su

BIBLIOTECA NACIONAL

SECCION G-41.513

cauce, junta su onda a la de Manuel Rodríguez para sonar y reclamar juntas y ansiar juntas todo lo que ansiaron cuando eran vivos los cuerpos adentro de los cuales ellas corrieron; esa sangre de ellos, ya que ninguna mano la acoge, está creciendo sola, saliendo sola de la historia hacia la leyenda para escribir la leyenda. Tanta es su necesidad de estar creciendo. La sangre que corrió alrededor de los Pincheira, la que circundó a Benavides, la que se vertió encima de la cabeza rojiza de la Quintrala, ¿quién nunca ha querido cogerla con acto entrañable? No me olvido tampoco de la sangre de Portales, todavía moja alturas de la Cabritería esa sangre ardiente y cínica y tan macuca que anduviera en remoliendas con el ministro. La sangre de José Manuel Balmaceda, continúa, está tendida, desde su cuerpo amortajado de negro en la legación argentina. Nadie nunca la quiso recoger, sólo hicieron gestos con ella, gestos de panfleto que insulta, gestos de sentido político, gestos de novelón entregado. Pienso en el norte del salitre, y veo mucha sangre caída, perdida para siempre sobre la blanca sal. ¿Quién la hizo nunca sonar con voz de tierra de aquí? Ahora que está en decadencia la industria, habrá decaído la sangre, esperando mejores tiempos de sufrimientos con sangre. Pienso en las minas del carbón, del cobre, y veo perdida, escucho perdida para siempre la sangre que, siempre, que ahora mismo sigue sonando en los crímenes y en los accidentes subterráneos. ¿A qué mano de minero, a qué cabeza quisiera ella tocar con su dedo encendido, para que la cabeza la comprenda? Pienso en el sur de Chile, con su invierno de frío crudo, con su nieve, con sus naufragios, con sus días que oscurecen temprano,

con su inmenso océano saliendo hacia la tierra, llevando olas grandes para ahogar gente y grito de gente. Pienso aún en el caleuche y lo veo despoblado vagando por la última agua del litoral sin ninguna mano que lo guíe, con todos sus tripulantes espantosos, hasta nosotros, hasta donde está parado Chile, en la tierra, viviendo hondo y esperando muy hondo.

Pienso en los campos de aquí y me da una pena sin sangre; la sangre campesina ha corrido tanto como el vino en nuestros potreros y muchas veces corrieron, y muchas veces se confundieron juntos y nadie en medio del inmenso campo nuestro recogió esa sangre, ninguno la dijo, todos la dejaron perderse. Es tanta, tan abundante la sangre vertida en nuestros campos, que aun los escritores de las leyes la cogieron en la legislación protectora para ponerle valla de artículos, para echarla por cauce oficial. Aun los escritores de las leyes. Pero no los escritores — ¡Nietzsche! — de la sangre, pero no los escritores - escritores. ¡Ay!, hemos tenido tanto cuento campesino, tanta novela campesina, tanto poema campesino, tanto rústico de pluma en medio de la chacra. Y todos exangües. Mariano Latorre, Luis Durand, Marta Brunet, Federico Gana, Fernando Santiván, Rafael Maluenda, todos, han mirado hacia el campo de nosotros, pero sólo han visto la cueca, pero no la sangre que corría del tacón de la cueca, han visto el vino, pero no la sangre que corría del borracho y que parecía que era vino, han visto al patrón enamorado a la chinita, aun le han ayudado a enamorarla, pero no han mirado siquiera la sangre del aborto, han visto los rodeos de

los animales chúcaros, aun les han hecho su rondel patriótico para mirarlos mejor, pero no han visto la doma y el rodeo del trabajador de nuestros campos. Cito nombres, me gusta citar nombres.

No es esto todo, no es toda la sangre. San Gregorio, Lago Buenos Aires, La Coruña, Ranquil, las federaciones obreras, las huelgas de Iquique, de Valparaíso, son manchas enormes de sangre, mapas de sangre en nuestra geografía que no se estudia, en nuestra historia que no se escribe, la única historia que, después, va quedando; no ha habido manos para preocuparse de ellas, ha habido para estarlas borrando, arrodilladas las manos, pero no ha habido con tinta de libro para restaurarle su rojo. Sólo el discurso político en el día electoral las coge cada año, para colgarlas cada año. Como digo continúa la sangre en nuestra historia.

Hablo aquí de la sangre determinada por el hombre, no de la sangre que determina la naturaleza. No de la sangre que vierten los terremotos, los naufragios, las tempestades, los derrumbes, el clima nuestro. No hablo de esta clase de crimen, que es bien grandiosa, bien numerosa. Ellos son el color de fondo para los otros crímenes, para la otra sangre. A veces no habrá que olvidar tampoco. Por ejemplo, el terremoto del año seis que asesinó en Valparaíso al grande Pezoa Véliz. Ahí estuvo la tierra chilena matando a su mejor pedazo.

Me pregunto a veces por qué, a pesar de tanto crimen que encierra nuestra historia, somos un pueblo a veces tan chico, tan chato, tan desabrido, tan salido hacia la grosería fea, tan sin alma a pesar de la tragedia, tan sin espíritu, a pesar del héroe, tan sin ensueños, a pesar de la leyenda. Con mucha sangre caída, ¿cómo no somos inteligentes? ¿Cuánta más tendrá que correr para que comencemos? Se piensa con lástima que no tenemos espíritu para vivir por el alma. Y se siente repetidas veces que lo tenemos muy grande, muy verdadero, diluido en sangre. Se siente con una voluntad parada en la tierra que somos un pueblo lúcido, que vamos, despacito, caminando hacia la lucidez de nosotros y no hacia la ajena. Con tanta sangre caída de tanto asesinado grandioso, en todo tiempo criollo, no podremos nunca ser un pueblo pequeño. Con tanto muerto de nosotros algún día encontraremos nuestra vida. La edificaremos con sangre. No tendremos sino que abrir la historia para hojear la sangre necesaria. La sangre fué siempre firme cimiento para duraderos edificios, la sangre es precioso suelo que fructifica construcciones. Se es grande cuando se tiene un muerto íntimo, bien personal, se comienza entonces, a no ser estúpido. Conoce uno que uno es un ser verdadero. Siente alta su sangre, capaz para muchas cosas. Los crímenes determinan lo bueno. Es la utilidad de los asesinos.

Aquí he recogido la sangre que más de cerca vi verterse, ésa que hace dos años bruscos a todos nos salpicó un poco. Quisiera creer que mis manos han sabido cogerla. Mis años, mi generación, digo mi tiempo, han hecho hábiles mis dedos. . . Esto, quiero re-

petirlo otra vez, no lo he escrito yo, lo escribieron los muertos, cada asesinado. Al publicar la sangre de ellos quisiera haber justificado todas las quejas que más arriba digo, todas las sangres de todos los grandes crímenes oficiales y particulares que en nuestra tierra se han vaciado con silencio o con ruido. He tratado, además, de escribir una historia, no otorgando franquicias ni al panfleto ni al escándalo. No me interesa lo fácil. Me quedo contento de haber sabido orillar y creo que no me equivoqué. Que se engañen los que esperan otra cosa. En las páginas que siguen hago historia, pero historia de nuestra tierra, de nuestra vida, de nuestras muertes, historia para un tiempo muy grande. En las páginas que siguen, subrayo el dolor y soslayo — no más — la política.

C. D.

Jueves 29 de agosto de 1940, un cuarto para las once de la noche.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA

I. — ANTECEDENTES



A MIGOS míos, no les parecerá bien a ustedes que yo hable sobre eso terrible y rápido que ocurrió en la ciudad hace un año exacto. Tal vez a ustedes no les parezca bien, pero yo sólo deseo que no les parezca mal, demasiado mal. A mí, que nunca hablé mucho, bien pueden dejarme que hable un poco ahora; a nadie en la vida molesté bastante. Ustedes, eternos bondadosos, dicen que el olvido es bueno, pero yo les repito—ya se los dije el o-

tro día cuando hablamos — que recordemos mucho, demasiado, rabiosamente, antes de olvidar un poco.

Yo entonces estudiaba, pero después enfermé. La vida es eso. Uno está sano, enferma y se mejora. A veces, muere. Morir es no enfermarse nunca ya. Porque el cuerpo es lo que enferma. El alma no; ella, apenas, se entristece. Estaba enfermo, pero trabajaba en la imprenta, y a trabajar iba esa tarde cuando hacía ya una hora que estaba ocurriendo aquello.

Me había bajado del tranvía en la esquina de la calle de San Antonio. Iba aburrido, disgustado. Mi trabajo comenzaba a la una y por eso tenía que almorzar temprano, almuerzo siempre crudo, un asado asqueroso, pedazo de animal vivo, una lechuga enferma, empapada en aceite acuoso, de sudor frío. Caminé por calle Agustinas. En la esquina del Banco había mucha gente de uniforme, camiones, cordones policiales. Estaban deteniendo a los que pasaban. Un Sargento me dijo: “No se pasa por aquí, no se puede”. Yo quería atravesar hacia la Plaza de la Constitución. El hombre no me dejó. Algo grave debía pasar, porque yo atravesé entonces hacia la vereda de la Prefectura; por ahí me fuí, y no me lo impidieron. Cuando llegué a la imprenta comencé a comprender algo. Me preguntaban. “¿Hay boche en el centro? ¿Era verdad

que habían asaltado la Caja de Ahorros?" Yo no sabía nada, decía, pero algo raro debía suceder. Había mucha gente en la plaza, mucha tropa. No me dejaron pasar. Eso contestaba yo. Y me informaban: "La gente de la Revista anda toda allá, buscando noticias". ¡Luego lo sabríamos! Así llegaron las dos de la tarde. Entonces oímos disparos altos, lejanos. Reventaban como cohetes en el cielo de primavera. Alguien trajo la noticia: "Ibáñez estaba haciendo la revolución". No dejaban pasar hacia el centro de la ciudad. Los tranvías se habían detenido, sólo se sentían correr los que iban hacia los barrios. Qué alegría, qué alivio, no había trabajo, no quedaba sino conversar, tomar unas once largas y escuchar los disparos que seguían sonando. A las seis de la tarde, nos fuimos, con Quevedo, hacia el centro, pero no nos dejaron pasar. No se sabía, no se oía decir grandes cosas. Notamos, eso sí, algo. Los hombres uniformados trataban brutalmente a la gente. En la esquina de la calle Huérfanos nos quedamos mudos, mirándonos. Acababan de disolver a caballazos el grupo que se había formado. Los hombres habían desnudado sus sables. Desde esa esquina veíamos la casa del Gobernador, la casa del Intendente, y en la esquina de más acá, la Caja del Seguro Obrero. Salieron los diarios. Traían noticias: había fraca-

sado una revuelta, en contra del Gobierno, había un hombre de la tropa asesinado, y los revoltosos, todos estudiantes, parecía que habían muerto. Así fué, amigos, cómo empezamos a saber.

La ciudad, ustedes saben, lo recuerdan bien (¡quisiera yo tener la memoria de ustedes!), tenía entonces un Gobernador que era famoso. Antes de ser famoso fué querido; el pueblo de abajo confió en él, que en el norte lejano, en medio del terrible sol de salitre, le prometió muchas cosas fáciles y buenas. El Gobernador hablaba bien, tenía una voz grande y hermosa, una voz cálida, para calentar mujeres. Y, pues, en aquellos tiempos qué milagros no haría aquella voz en el norte de la tierra, donde un viento de fuego seca la vida, donde la pampa se extiende rabiosa con su gran sed de salmuera. El pueblo de abajo, pues, lo quiso. Y él también decía que amaba al pueblo, que era su pobre hijo numeroso. Pero después, el Gobernador — cuando el hombre amaba al pueblo de abajo no era aún Gobernador — se olvidó de él y sólo vivió para el pueblo de arriba y para él no más hablaba. Y hasta las mujeres de arriba lo querían y trataban de olvidar lo que él había sido antes. El Gobernador también quería olvidar, y sucedió entonces que muchos hombres del pueblo de abajo que antes fueron amigos

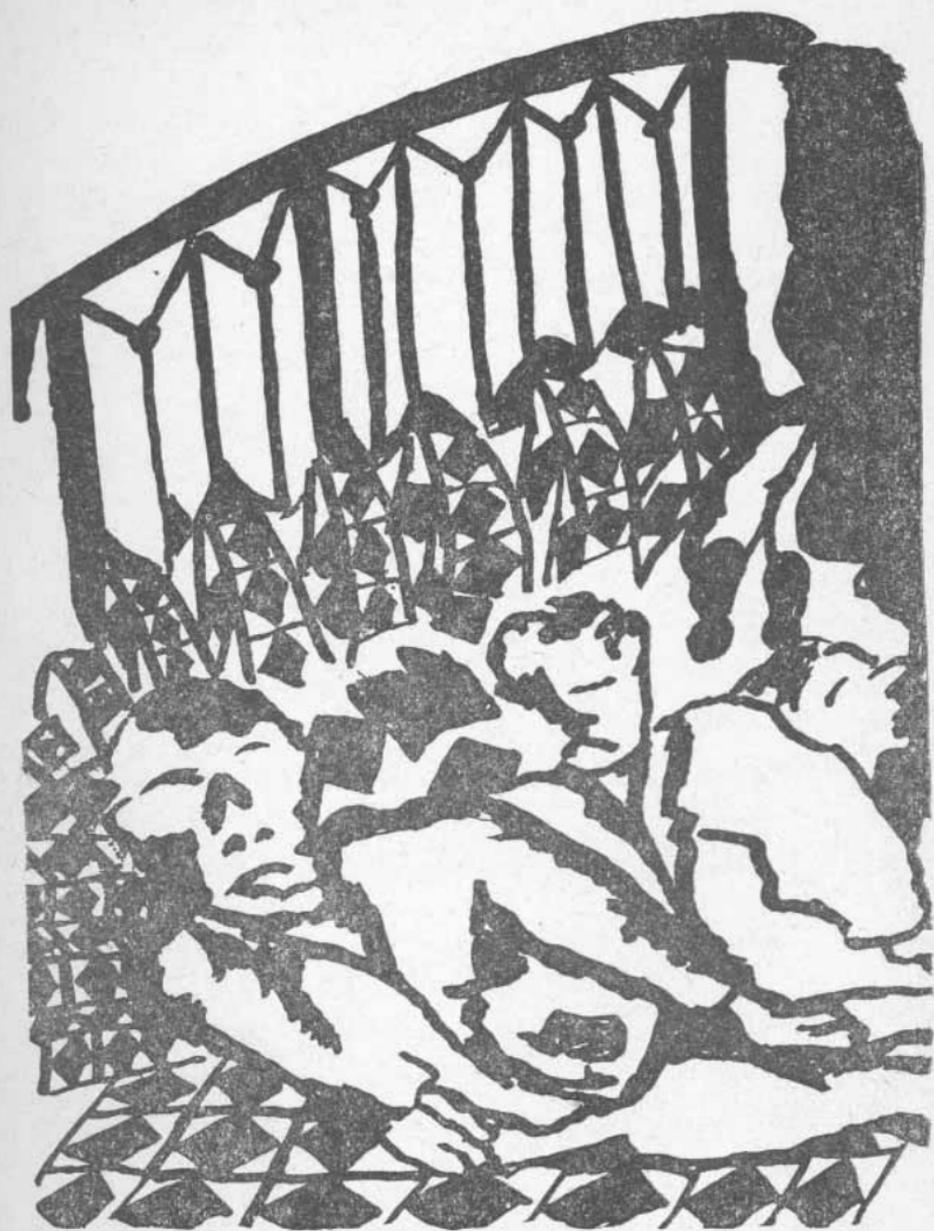
de él y lo amaban, ahora lo odiaron y fueron encarcelados y llevados al sur de la tierra. En el sur — dicen — hay siempre lluvias y vientos enormes. El frío llega por la espalda y allí comienza a trabajar con su delantal de hule, con sus clavos, su martillo distante. Entonces, en la tierra del sur, por las cavernas que el obrero hace, se cuele el frío del sur, se cuele la lluvia y el viento del sur, y soplan dentro, y mojan y enfrían dentro. De esta manera es el hombre caverna para tantas cosas: para la muerte en la espalda, para el amor en el pecho y, en la cabeza, para el sentido de lo doloroso. En efecto, amigos míos, la cabeza es aquella parte de nuestro ser con la cual sabemos que estamos tristes. El amigo de mi padre, que por entonces se fué a su tierra, decía que lo esencial es estar triste. “Sobre todo en el sur, decía, la tristeza es lo que está en el sur”, y al decir esto, estén seguros ustedes, pensaba en la ciudad. Nosotros somos tristes, hace un año no nos costó estarlo. Nos callábamos y, en seguida, estábamos tristes. Ahora, hablar del dolor me será fácil, no tendré sino que hablar de lo que sucedió y decir dónde sucedió y contar la manera cómo aquello sucedió. El dolor aparecerá solo, sin que yo lo provoque, como cuando allá, en los pisos altos, salió la sangre sólo porque metieron la bala. La herida dió entonces

lo suyo naturalmente, flor de carne y de sangre nacida en su propio clima. Por eso, todo lo que aquí diga estará hincado, por un lado o por otro, alegre o tristemente, al dolor de los hombres, al dolor de la carne de los hombres.

Cuando el pueblo de abajo estuvo seguro de que el Gobernador ya no lo quería, comenzó a ponerse huraño, a mirar de reojo, a maldecir. Y cuando en la tarde salía el Gobernador a pasearse por la Alameda, acompañado del Dentista y del perro grande, conocía que el pueblo de abajo ya no lo quería, y temía que lo mataran. Pero el pueblo no pensaba matarlo. A veces, en esas noches frías llenas de estrellas grandes y claras, que se veían desde el cuarto, el pueblo soñaba y pensaba que bien podía irse el Gobernador y venir otro Gobernador joven y bueno. Pensó decididamente en eso, porque vió un día que la espalda del Gobernador se encorvaba cada vez más, lo encorvaba a él, haciéndolo viejo. Así ocurrió el divorcio completo entre el pueblo de abajo y el Gobernador. Este quería gobernar hasta el último, mostrándole la vieja sonrisa de sus viejos dientes al pueblo de arriba, mostrándole su voz. El pueblo de abajo — por su parte — miraba ya como una posibilidad cierta el hecho de que el Gobernador se fuese. Y por eso, el Dentista, siempre

que podía, y podía a menudo, cogía a alguno del pueblo de abajo y lo metía preso en lo húmedo, en lo oscuro. Siempre había algún alumno de la Universidad que por decir una palabra de más, o algún obrero que por hacer un gesto de menos, caían bajo las miradas, miradas de ojo pelado, del Gobernador. Así ocurrió, en el otoño de entonces. El Gobernador caminaba silencioso, con el bastón en un lado y el perro grande en el otro. Caminó por la Alameda, hasta la línea del tren que lleva al sur, que lleva al viento y la lluvia del sur de la tierra. Cayeron las hojas de las ramas del otoño, corrió el viento y oscureció luego. El Gobernador acababa de pasar. Iba lejos, iba silencioso. Se sentía viejo, tenía ganas de irse, quería entregar el palacio y todas las llaves del palacio a otro Gobernador. Así lo declaró al día siguiente. El pueblo de abajo no creyó primero, pero después creyó. Su tristeza tuvo una pequeña reacción. ¡Habría elecciones, habría elecciones! Y las paredes de la ciudad, (¡acuérdense, amigos!) se llenaron de papeles grandes con letras gordas y coloreadas. Mas, el Gobernador aclaró que habría elecciones, pero conforme a la ley, al orden, y el pueblo de abajo, que supo que eso quería decir que habría elecciones conforme a una cosa mala, se enfrió de repente, se nubló. Todos dijeron que entonces sí que llovería; yo también lo dije después (nunca tuve mucho alcance).

II. — COMO OCURRIO



NUNCA pensé que pudiera ocurrir tan de repente. Todos creíamos que el Gobernador dejaría, en el último tiempo, que el pueblo de abajo nombrara un Gobernador como lo deseaba, pero nos olvidábamos que eso no lo podía querer el pueblo de arriba y que el Gobernador tampoco lo querría. No ocurrió eso, pero ocurrió en cambio que algunos estudiantes de los que perseguía el Dentista con su gente, y algunos obreros que ya no querían al Gobernador, pensaron expulsarlo

a él de su palacio. Esto ocurrió al comenzar el mes de setiembre. Ustedes saben lo que es entre nosotros este mes. En otra época, durante él ocurrió la independencia de la ciudad del poder del conquistador godo. Y cada año, además, este mes nos trae el viento tibio que viene del verano distante, y aparece ya, encima de él, el cielo, con su celeste cáscara tierna. El pueblo de abajo, triste árbol aborígen, había pasado el invierno con sus piernas metidas en la lluvia, suelto todo él en el frío, habitado su pelo de piojos y de pulgas, de pájaros secos. Era un árbol carcomido por la tisis, que abría galerías por donde pasaba tosiendo el viento. Por las raíces de sus pies llagados subía la leyenda, con el agua y la nieve de los cerros, con el campo y el desierto, a irrigar a la mujer del pueblo. Así pasó el pueblo en el invierno. Luego, yo lo vi saliendo del invierno, abandonándolo. Vivía — se conoce la casa — en la época de interminables corredores, con un dolor en cada puerta, un humo acre en cada día, la escarcha — ropa blanca — colgada en largos cordeles ateridos, y la muerte al medio, en el medio, abierta lo mismo que un patio. Arrendatario de la miseria, vivía así, con mucho frío, con mucha agua. Había neblinas a veces, una neblina ploma, espesa, para abrigar la fiebre. Y una angustia grande, pura y desabrida, igual que un hueso

remojado. En la noche llegaba el recuerdo de la gente muerta, de los chiquillos llevados cada alba al cementerio y que cumplían años allá. Entonces la ternura iba con su aceite, suavizaba las horas, se escurría en las arrugas de la madre que se hacía abuela en un rincón. El hombre se metía en el vino. Junto a una mesa con amigos se ponía a tejer su suave telaraña. El borracho es un hombre trasmutándose en ángel. Ellos se trasmutaban. El vino hacía interiores sus orejas. Así ya no se sufría. Se hacían viejos, se hacían tristes en el invierno. El vino les ayudaba a hacerse. Porque el invierno es una triste sopa fría. Pero el pueblo de abajo sólo mascaba maldiciones — con maldiciones le rezaba al diablo —. Había un hambre para cada boca, una tos para cada espalda. La tos — obrero funerario — cavando, sacando piedras del pulmón, sacando sangre adherida a cada acceso, sacando muerte, en suma. Inquilino de la pobreza, vino caminando, pasando en el invierno de cuarto frío a cuarto húmedo, de mes de junio a mes de julio y mes de agosto, de cuarto frío a mes de setiembre, a meses del verano, poblaciones obreras. Se estaba cayendo el invierno, el tiempo húmedo estaba demoliendo su rabiosa arquitectura. Se estaba incendiando el conventillo del invierno con el sol.

remojado. En la noche llegaba el recuerdo de la gente muerta, de los chiquillos llevados cada alba al cementerio y que cumplían años allá. Entonces la ternura iba con su aceite, suavizaba las horas, se escurría en las arrugas de la madre que se hacía abuela en un rincón. El hombre se metía en el vino. Junto a una mesa con amigos se ponía a tejer su suave telaraña. El borracho es un hombre trasmutándose en ángel. Ellos se trasmutaban. El vino hacía interiores sus orejas. Así ya no se sufría. Se hacían viejos, se hacían tristes en el invierno. El vino les ayudaba a hacerse. Porque el invierno es una triste sopa fría. Pero el pueblo de abajo sólo mascaba maldiciones — con maldiciones le rezaba al diablo —. Había un hambre para cada boca, una tos para cada espalda. La tos — obrero funerario — cavando, sacando piedras del pulmón, sacando sangre adherida a cada acceso, sacando muerte, en suma. Inquilino de la pobreza, vino caminando, pasando en el invierno de cuarto frío a cuarto húmedo, de mes de junio a mes de julio y mes de agosto, de cuarto frío a mes de setiembre, a meses del verano, poblaciones obreras. Se estaba cayendo el invierno, el tiempo húmedo estaba demoliendo su rabiosa arquitectura. Se estaba incendiando el conventillo del invierno con el sol.

El pueblo de abajo se sentía animoso por esto, se sentía robusto, nuevo. Se creía capaz de poder obligar al Gobernador a que se fuese. Ustedes conocen la Universidad. Es un edificio grande, viejo, sombrío, con dos pisos, con dos patios grandes y fríos en el invierno, y grandes y frescos en el verano; tiene salas grandes y numerosas oficinas. Yo estuve esa mañana ahí, fui a clases, porque entonces (no sé si ya se los he dicho) yo era estudiante y aun no enfermaba. Las clases duraban en la mañana hasta unos minutos antes de las doce y se cerraban las puertas y nadie quedaba adentro. Esa mañana — se supo después — un grupo de estudiantes y de obreros se escondió, por ejemplo en la terraza, en la sala del ajedrez, por ejemplo en los baños, y dijeron: “¡Derribemos al Gobernador!”, y al momento juraron que lo derribarían. Luego, fueron a averiguar si las puertas grandes estaban bien cerradas, y después de un rato en que estuvieron fumando en silencio, un poco pálidos, un poco nerviosos, se instalaron tras las ventanas, afirmaron las carabinas en los fierros y comenzaron a disparar. Ya estaban metidos en eso grande y profundo, que los tragaba, que los tragaría hasta el último.

El Gobernador estaba hablando por teléfono con su ministro de escuelas cuando le avisaron, y tuvo

rabia y pensó en el almuerzo que con exactitud comenzaría a evaporarse desde que se lo sirvieran. Pensando eso, rabiando y hablando llamó al General y le dijo algo. El General se fué apurado. Era la una. Almorzó una comida fría, que le dió la impresión de que comía una comida muerta, y se fué en seguida a buscar a sus soldados. Cuando los encontró, arrastraron un cañón cerca de la Universidad. El cañón disparó, la granada rajó la puerta y explotó adentro, (en un espacio sombrío y frío, a un lado, un barómetro descompuesto y al otro un aviso de la cooperativa estudiantil). La granada mató a dos estudiantes, los otros vieron saltar sus cuerpos y quedar sosegado cada pedazo, desangrándose (un pedazo de género delgado y grueso, un pedazo de carne y un pedazo de sangre). Cada trozo de carne era un pedazo de estudiante que no podía faltar si se quería reconstruirlo, y cada trozo de carne tenía un temblor, un dolor, tal vez un brillo, un pedazo de alma. Fué corto todo eso. Caídas las puertas, se metieron por ellas los hombres uniformados de verde, con sus terribles armas rabiosas, y desgarraron y balearon sobre cada par de ojos que los miraba, sobre cada oreja que los oía, sobre cada cuerpo que los atestiguaba. Siete muertos hubo ahí, pero no siete cadáveres, sólo quedaron muchos pedazos de cadáver, pier-

nas solitarias, brazos huérfanos, ojos saltados, cráneos y cabellos hundidos sobre los sesos, la sangre y las ideas, porque las ideas no son sino eso, pelos, sangre, carne que dan su vislumbre.

No murieron todos. Treinta y siete salieron de mala manera, salieron vivos, pero muriéndose por dentro, ardiendo. ¿Se acuerdan de Yuric? El caminaba delante, muy colorado, muy rubio y alto, con su abrigo azul, abierto, flotando, y con los dos brazos levantados. Yo lo conocí mucho. Vivía en el barrio Independencia; su madre era viuda, vivían pobres. Un día yo estaba en la biblioteca de la Escuela, era el invierno. Yuric se sentó a mi lado, sacó un cigarrillo, lo encendió; después, lentamente, sacó una pregunta. Había ido con otros a las fiestas de la primavera, arrendaron un carretón abierto (amigos, yo nunca tuve buena memoria, ¿no llaman golondrinas a esos carretones?) y el dueño de él se había encargado del arreglo. Sobre cuatro pesadas ruédas había instalado una alegoría. Pero en el paseo de los carros, se derrumbó la alegoría (tablas y lienzo con la marca del fabricante en tinta azul) y hubo heridos. El problema era el siguiente: los heridos reclamaban dinero, pero ¿podían reclamarlo del dueño del carro? Yuric creía que podían, pero no estaba seguro. Y me hacía la pregunta a mí. Yo nunca

fuí un gran estudiante. Cada artículo del código (cada uno con un número, reos obligados a arrastrar siempre el mismo significado), tan preciso y tan vago, me hacía pensar en una especie de religión dura, de cuya esencia nadie se podía apartar. Pero yo no podía, yo me apartaba pensando, no me conformaba con las situaciones normales y anormales que ellos contemplaban. Cada artículo penal era la degeneración de un artículo civil correspondiente. El matrimonio enfermo se llamaba adulterio, parricidio. Yo no sabía, pues, muchas leyes, pero conocía lo que detrás de ellas se escondía, y, así, sabía que detrás del preciso artículo que reglamentaba el aborto, había una mujer embarazada llorando. No eran mi fuerte las leyes, y no pude satisfacer la pregunta de Yuric. El se sonreía hablando de la fiesta y de las heridas que le achacaban. Tenía una sonrisa especial, gorda y varonil, pero no muy alegre. Al mirar su sonrisa yo pensaba: "Sus antepasados habrán sido tristes", Y pensaba también en todos los que como él, estudiantes y obreros del pueblo de abajo, confiaron en el Gobernador y ya no confiaban. Estaba cansado el pueblo de abajo, está cansado. Tiene un cansancio muy grande, porque está cansado por él y por los otros, por el padre y por la madre, por los cuatro abuelos, que se murieron cansados en el otro siglo,

en otro barrio de la vida. Está cansado por el hijo que tuvieron, y que nació raquítico, viejo, que nació cansado. Tiene un cansancio grande, flaco y silencioso, igual que el hijo que se les murió en el invierno, delgado y largo pedazo de sufrimiento, hijo de un cansancio y de otro cansancio. Le duele el pulmón izquierdo, porque le dolía ya en el pulmón de su madre. Ella era lavandera y, cuando lavaba, el dolor le frotaba la espalda, jabonoso y rosado, lavándola a ella. De la espalda de su madre pasó a la suya y era chiquito entonces, era un dolor niño que no sabía nada que después tendría que dolerle. Le duelen las manos del padre obrero. Le parece, a veces, que en la mano derecha le faltan dedos, no los siente a los dedos. Se extraña la mano de tenerlos otra vez puestos, porque la mano en un tiempo muy lejos perdió dos dedos en la fábrica. El sabe que debajo de sus manos le duelen las manos del padre obrero. Le duelen los pies, por el abuelo y por la abuela, que se vinieron emigrando a través de la tierra. Le duele la lengua de los antepasados, goteando extranjeras palabras que, al llegar, había que cambiar por otras palabras también extranjeras, cual convertible dinero. Se asustaba el alma de los gringos, se asustaba su lengua porque querían meterle otro idioma, de la misma

manera como le meten los padres un hombre entre las piernas a su hija, cuando la casan a la fuerza. Le duelen los riñones, y él nunca ha estado con mujeres. Le duelen los riñones del tío que vivió en el club de noche y que nunca durmió solo, sino cuando se acostó enfermo para morir; le duelen los riñones del tío que con él anduvieron entre alcoholes y mujeres, y él los heredó, y él los tiene ahora, usados, viejos, y mira a las mujeres, se ve obligado a mirarlas, como si él ya no pudiera. Le duele el cuerpo, tiene un dolor grande, pesado y bestia, que no lo suelta. No quiere hijos, mujer preñada, no des a luz de miseria. No quiere que llegue el hijo, para que este dolor después no duela, desea que este dolor muera con él, ahogado en la tierra, que se apague esa luz triste en el conventillo de su cuerpo, que a tanta gente viva y muerta alberga. Le duele el cuerpo de los pies a la cabeza, de mano izquierda a mano derecha, le duele abiertamente. Le está doliendo en el alma ahora, en la de él y en la del padre y en la de la madre, en el alma del abuelo y de la abuela. Es el dolor hermafrodita, que no es el padre y no es la abuela. Es el dolor que a sí mismo se está doliendo, es el dolor sin sexo, es lo sin sexo conocido, es el alma del padre y de la abuela.

En la calle Morandé, en la puerta de la casa del

Gobernador, estaba el General, que preguntó: "¿Quiénes son esos y adónde van?". Cuando atravesaban la calle, Enrique Herreros alzó la vista hacia el edificio del Seguro Obrero, hacia el piso doce, y pensó en la carta que había dejado en su casa, en su cuarto: "Para ser abierta si no regreso a las seis de la tarde". Tenía recelos ahora, y pensaba que ya esa carta tenía una seriedad que no tuvo la noche antes, cuando la escribió. Entonces pensó vagamente que, quizás, no alcanzarían a abrirla, pero la verdad era ahora que quizás alcanzaran a leerla. Pasaron frente al edificio del Seguro Obrero, frente a la Caja Nacional de Ahorros, frente al Banco, y ya Humberto Yuric comenzaba a caminar frente a las oficinas de la Línea Aérea, cuando vino un hombre uniformado a decir que había ordenado que retrocedieran. Ellos retrocedieron. Pero a esa hora el destino ya andaba suelto en la ciudad. A las tres de la tarde, las obras de construcción de la policlínica de la calle Maruri, al otro lado del río, fueron suspendidas. El obrero Miguel Cabrera, que trabajaba ahí, abandonó la faena en compañía de dos amigos, trabajadores de la misma obra. Cabrera vestía un jersey blanco bajo su vestón manchado de cemento y de cal. Vinieron caminando por Morandé hacia Agustinas, y se encontraron con los pri-

sioneros que venían desde la Universidad. Hubo un momento de confusión, los prisioneros retrocedieron, pasaron frente al Banco, frente a la Caja de Ahorros. Cuando llegaron al edificio del Seguro Obrero, los metieron en él y los encerraron en una oficina de un piso alto.

Amigos, los metieron ahí porque horas antes también otro grupo de estudiantes y obreros del pueblo de abajo, se había apoderado de ese edificio, como los otros de la Universidad. Ellos querían igualmente que el Gobernador se fuese. Estanislao los mandaba. Cuando entraron, mientras Barraza — era obrero en Valparaíso — cerraba las cadenas de la puerta, un hombre uniformado que estaba en la esquina de la calle, en la casa del Intendente, se acercó, acercó el revólver, pero Gerardo, ayudante de Estanislao, apuntó primero y ahí, en la misma esquina, quedó el cuerpo revolcándose, buscando, atroz, la vida que acababan de escamotearle. La sangre terminó de extender sus géneros y sobre ellos se fué sosegando el cuerpo. Después de esto, subieron ellos hasta el quinto piso y empezaron a acumular muebles en la escalera. Ya estaba David Hernández, pegado a la radio, gritando en ella: "Pitón 10", "Pitón 10". Su grito volaba por encima de la ciudad hasta los lejanos campos de Las Condes, y sonaba allá, dentro de un auto, en el patio de una quinta. En el

auto había un receptor y un hombre escuchando. Mientras Hernández transmitía, los otros disparaban hacia afuera, hacia la plaza en que estaba la casa del Gobernador. Gerardo se asomó por una ventana, a mirar hacia afuera, hacia abajo, en el momento en que una bala se asomaba hacia arriba, hacia la ventana, hacia adentro de su cabeza, hacia adentro de su vida. Así entró Gerardo al edificio del Seguro Obrero. Así salió. Gerardo era alto, alegre, buen mozo, le gustaban las mujeres, vivía en Valparaíso.

Amigos míos, no se olviden tampoco de Yuric. Yuric estuvo yendo por la escalera, hacia sus compañeros que estaban en lo alto, resistiendo y esperanzando, disparando balas hacia abajo y hacia afuera, disparando miradas hacia la calle Morandé, hacia la casa del Gobernador, y bajaba después Yuric hacia esa ola verde y seca, que se movía en la escalera, en el descanso de la escalera, poblada de carabinas y de balas, habitada de peces rabiosos. Era una ola verde y blanca, orillada ya de sangre, de cadáveres. Entonces Yuric tuvo miedo. No, no es verdad, amigos, él no tuvo miedo, sus nervios tuvieron miedo. Y cuando volvió a subir quiso hablarles a sus compañeros, decirles que no bajaran, que no bajaran nunca, que subieran cada vez más arriba. ¡Ah, si hubieran podido subir eterna-

mente, alejarse! Yuric subió diciendo: "No disparen que soy yo, Yuric". Y les habló, les dijo que se rindieran. Pero no, no querían rendirse. "Nunca nos rendiremos". Fué entonces cuando una bala llegó silbando a buscar a Gerardo, que cayó, rindiéndose. Estanislao, dijo: "Ahora nos rendimos, Yuric, Gerardo está muerto. Díles que nos rendimos. Vamos a bajar". Yuric vió a Gerardo muerto, pensó: "Ahora van a bajar". Y cuando los otros comenzaron el descenso, trayendo el cadáver de Gerardo, traían ya la muerte, todas las muertes. Yuric lo sabía bien, sabía que morirían. La muerte no era nada, lo terrible era morir y lo espantoso de eso que la muerte comenzara a venir. Los hombres de uniforme estaban en una oficina, esperándolos. Cuando venían en la escalera les dispararon, fué una descarga cerrada, una descarga abierta. Y entonces, el Teniente paseó la ametralladora sobre ellos, rociándolos, dejó después la ametralladora, y con el filo de su sable comenzó a darle al primero. Era un muchacho, que, quién sabe por qué, se descubrió el costado, con ambas manos temblorosas, mostrando un forado hecho ahí a punta de balas; cada disparo pasó llevándose un trocito de sangre y se enterró con él en la pared, y el último pasó limpiamente a través del hoyo, y se incrustó solo, sin adherencias. Estanislao cayó con los

dientes apretados de rabia. Murió luego. A su lado, Pedro Molleda se levantó chorreando sangre y gritando: "¡Viva Chile!", pero el Teniente apretó sobre él sus balas: sin embargo, Pedro Molleda dijo aún, pudo decir completamente: "¡Mátame, mátame, perro!"

Después de esto, el Teniente se fué junto a un muchacho que estaba tendido y que se había incorporado, y que comenzó a hablar, a hablar y no a gritar. Eso era impresionante: "No importa, compañeros, nuestra sangre salvará a la tierra". Y entonces el Teniente le gritó: "Qué vas a salvar vos, mierda", y le dió uno, dos, tres sablazos en la cara. Ah, el Teniente Noé, tenía una gran dentadura, una firme, sana dentadura. Se le vió entonces. Crecían sus dientes hacia adelante, crecían de bruces, parecía que le estaban creciendo desde el cerebro. Después, el Teniente bajó la escalera. Le dolía el brazo. Cerca suyo había estado un hombre de uniforme, que parecía tranquilo y que, tranquilamente, cogió a un herido, lo arrastró. El herido se llamaba Jesús Ballesteros. El hombre uniformado lo acomodó un poco entre sus piernas abiertas y, agarrando entonces su carabina por el cañón, con ambas manos, le golpeó una, dos, tres veces. La cuarta vez golpeó encima de un cadáver. Subió un hombre tarareando, iba contento, sentía una necesi-

dad en sus riñones y estaba feliz de poderla cumplir. No podía subir muy rápido, la escalera estaba llena de cadáveres y de moribundos, el hombre resbaló en una sangre. Era sangre que salía desde un agonizante que estaba ahí con la cara crispada en un rictus desesperante, que parecía una sonrisa. El hombre se puso con rabia, "Ríete ahora, baboso", le gritó, y le quebró los dientes de un taconazo, y siguió subiendo. Un uniformado que bajaba le disparó en la cabeza a un herido que se movía mucho y como aun se movía le disparó otra vez y entonces, sí, le clavó la vida. Se la dejó inmóvil, porque la muerte, para los que disparaban, no era sino eso, la vida que había que dejar inmóvil.

Amigos míos, yo no invento nada, sólo hablo de lo que existió, de lo que pasó en el Seguro Obrero, Existieron una vez sesenta y tres muchachos. Pasaron unos hombres con uniformes, pasaron las balas, y quedó la sangre señalando el lugar en que ellos, antes de morir, existieron. Sí, cuando hubo terminado la primera faena, se ordenó sacar, de su encierro, a los vencidos de la Universidad y, haciéndolos pasar, pisar sobre los cadáveres de los otros, se les hizo bajar al otro piso y, cuando venían en la escalera, el Comandante dijo a a sus hombres: "Niños, a cumplir la orden". Su voz estuvo tranquila cuando agregó: "Con carabinas no,

usen los revólveres para que no reboten las balas". A uno de los vencidos la metralla lo alcanzó en pleno vientre, se levantó difícilmente, apoyándose en el hombro de un herido. Entonces el Coronel Bautista desenvainó su sable, su crimen, y lo ensartó dos veces en él. El Coronel Bautista tenía una cara bolsuda, blanda, que entonces, como estaba transpirando, parecía que se derretía. En realidad, en el interior del edificio hacía bastante calor esa tarde.

Un hombre de uniforme subió hasta el sexto piso, se puso a mirar y a pensar porque no vió a los estudiantes, a quienes había estado vigilando en un comienzo. De repente, miró allá en la escalera a un herido que se levantaba. El hombre fué allá, pero entonces llegó el Cabo, cogió una carabina. El hombre le dijo: "Mi Cabo, tapemos los cadáveres". Pero el Cabo replicó: "¿Quieres que te liquide a ti también"? y le disparó al herido. Este cayó al suelo, se volvió a parar. El Cabo le volvió a disparar. Cayó otra vez, se movió un poco, pero, después, ya no. En seguida, se fué el Cabo. Iba dando golpes secos con la carabina sobre los cadáveres. Estaba apisonando los cadáveres, los moribundos. Amigos, cada uno de nosotros sabe lo difícil que es matar a un animal. Cada uno de nosotros ha muerto uno alguna vez. Calculemos por eso, lo difícil

que es matar a un hombre (hay que matar cada trozo de su cuerpo, cada mano, cada ojo). Ellos eran muchos y el espacio en que los mataban era muy poco. Por eso no se disparó una vez, sino repetidas veces. Si alguno se levantaba, se le daba un tiro, si se levantaba otra vez se le daba otro tiro, si se volvía a levantar se le daba otro, y así hasta el octavo, hasta el décimo tiro. Y aun el undécimo pudo ser necesario.

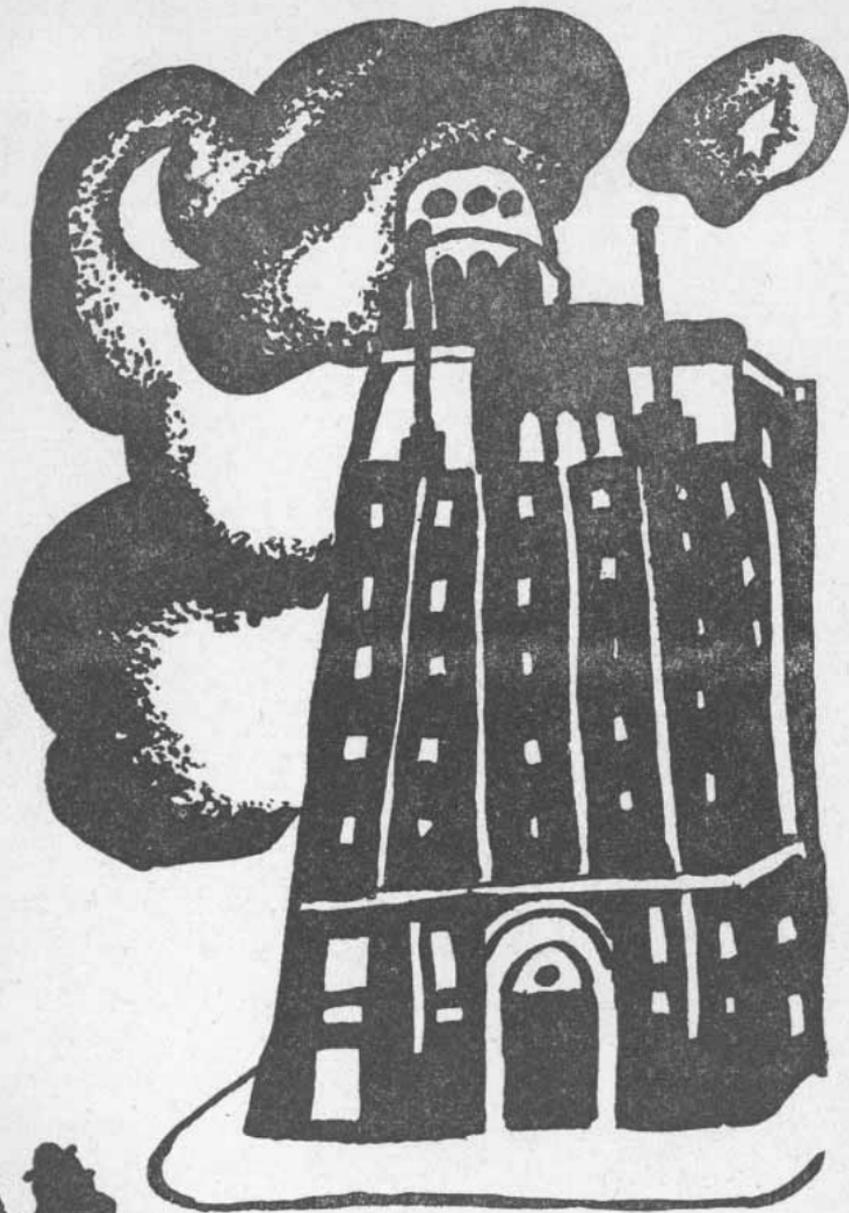
Hay en las catástrofes en que mueren muchas vidas un sentido especial de la muerte. Los cadáveres son menos tristes, pero sí más violentos, más apresurados, y todos con la uniformidad del último gesto siempre distinto y siempre igual. Es una especie de muerte organizada y rabiosa, una especie de industrialización de la muerte. Así ocurrió en el Seguro. Pero, amigos míos, permítanme una pregunta: ¿llegará un día la medicina, la ciencia, a imaginar un ojo, un oído, para conocer el dolor humano? ¿Cómo puede curarlo si no lo conoce, si no lo ve, si no lo oye? Ustedes saben que el Doctor fué al Seguro a buscar heridos, estuvo esperando en el vestíbulo, abajo, en el primer piso. Entonces desde la calle entró un oficial alto, macizo. Era el Mayor. Parecía que iba pisando en el aire. Subió la escalera, y no habían pasado dos o tres minutos cuando el Doctor oyó unos gritos horribles y unas vo-

ces, e inmediatamente una voz que, desde arriba, gritaba: "¡Que se vayan los médicos! ¡Aquí no va a haber heridos!". El Doctor se fué. Después llegó otro hombre uniformado, llegaron algunos oficiales, entre ellos el General que venía a inspeccionar el edificio. El General se fué en seguida donde el Gobernador, y le dijo:

- Murieron todos los revoltosos, señor
- Y el Gobernador respondió:
- Bien muertos están.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

III. — EN LA NOCHE, LOS VIVOS



EN la noche, al amigo del Gobernador, le soplaron en la oreja la noticia: "Hay sesenta muertos en el Seguro". El se encontraba en la calle. Al frente, el edificio se elevaba en la oscuridad, imponente con su doce pisos de silencio. Atravesó la calle. El corazón le latió con violencia en un vestíbulo frío, semioscuro, en que algunos hombres uniformados, inmóviles, veían en silencio. El silencio era grande, enorme, frío. Allá arriba las luces lejanas de las oficinas abiertas

en los pisos superiores, daban resplandores inciertos, daban una luz de aceite. Subió temeroso, cansado de antemano, acechando en los peldaños lo atroz que adivinaba. La escalera dió vueltas y no encontró nada, dió otra vuelta, era seguramente el tercer piso, y en el rincón lóbrego de un corredor recibió el primer choque. Cinco cadáveres yacían arrinconados, bañados en sangre. Dió vuelta a uno, instintivamente, quería identificarlo, dió vuelta a otro. Sólo pudo ver que se trataba de hombres jóvenes, con las ropas torcidas, húmedas de sangre. Siguió la ascensión y se encontró detenido por un cadáver que interceptaba la escala, con los brazos abiertos, en posición grotesca, con los pies en alto. Debieron lanzarlo desde lo alto. El solo golpe habría sido mortal si las sanguinolentas heridas no indicaran que ellas también habían sido capaces de matarlo. Más allá, otro apoyaba su cabeza en el muro, estaba sentado. El amigo del Gobernador tuvo que saltar para seguir subiendo, porque el número de muertos iba creciendo, ascendiendo. En un descanso de la escalera tuvo miedo. Yacían ahí, unos sobre otros, formando montón, unos quince cuerpos ensangrentados, con los ojos desmesuradamente abiertos y sobre los cuales un muchacho rubio y de bigote recortado, de marcado tipo extranjero, agonizaba.

Eran las diez de la noche. El edificio había sido ocupado por la tropa seis horas antes. La boca del moribundo se abría, se cerraba espasmódicamente, hervía ya en su caldo de muerte, formando burbujas de sangre. El amigo del Gobernador tuvo horror (él después lo dijo), tuvo también intención de auxiliarlo, pero vió que era inútil, porque el orificio de una bala en la sien había dejado vacías las cuencas de los ojos. Bajó apresuradamente, saturado de horror; le parecía, cuando llegó, que la tierra estaba más abajo, muy abajo. Fué a buscar al Diputado. Entraron los dos apoyándose en sus miedos. Recorrieron oficinas abiertas y corredores que el otro no había visto en su primera visita y descubrieron nuevos cadáveres debajo de las mesas en desorden. Había por ahí un cadáver vestido con un jersey blanco de obrero, manchado con cemento, con cal de construcciones. Había sido—cuando vivió— un obrero; tenía un balazo en el corazón, una mancha grande de sangre en el corazón, y en medio de ella un agujero, otro en la frente, un brazo casi desprendido, como si hubiera tratado de defenderse de prolficos sablazos, y un ojo totalmente destrozado a consecuencia de un choque violento. Más allá, junto a la escalera, había un muchacho alto, rubio, tendido de espaldas, con sus largas piernas tiesas, con los brazos

levantados del suelo, rígidos. Debió morir así, con los brazos levantados. Al comienzo de la escalera había un cadáver joven con terribles heridas a bala en la cara, y un desgarrón largo en el pecho. Por ahí pasó un bayonetazo. Dentro de una oficina había el cadáver de un hombre gordo, completamente morado, con un agujero grande a bala en el corazón, con los brazos abiertos y la ropa endurecida por la sangre coagulada. En el fondo de un ascensor oscuro, que tenía las puertas abiertas, yacía un muerto, yacían unos pies que salían al corredor iluminado. En algunos retretes había sendos cadáveres ocupando el reducido espacio. En el fondo de un corredor, un muchacho muy joven había vaciado la totalidad de su sangre sobre el mármol. El mármol era de color blanco. Volvieron a encontrarse con el grupo que coronaba el moribundo de aspecto extranjero. Ya, había dejado de existir. Todavía quedaba un piso más que recorrer. Tuvieron que subir por las barandas para no pisar los cadáveres que colmaban la escalera. Estaban tal vez en el piso quinto o sexto. Era tal vez el séptimo. Esos cadáveres que aparecían por ahí, en la escalera, en los pasillos, hinchados y amoratados, denotaban una agonía de muchas horas. Porque (amigos, entre ustedes alguno estudió Medicina) es sabido que los cadáveres no se

hinchán desde que son cadáveres. Y aquel otro, con el cráneo deformado monstruosamente, ése, había sido arrojado desde lo alto. Otro que ostentaba un balazo detrás de la sien y heridas largas en el abdomen, había muerto luego. Cerca de él uno que ostentaba un balazo en plena frente, tenía todos los tendones al aire y casi arrancados de cuajo de la mano. El amigo del Gobernador y el Diputado visitaron las galerías y vieron algunos cuerpos en los rincones y, en una oficina que ostentaba en la puerta una planchita: "Dr. Orrego", constataron que debajo de una mesa había dos muertos. Volvieron al descanso de la escalera, que estaba iluminado. Un hombre de uniforme vino a decirles que no siguieran subiendo porque no había más cadáveres en los pisos superiores. Se detuvieron fatigados, mirando eso, respirando fuerte, estaban cansados. De pronto, el amigo del Gobernador vió ahí en las baldosas, que una rodilla, que estaba doblada hacia arriba, oscilaba lentamente. Miró al Diputado, miró al hombre de uniforme. No habían visto. Entonces habló, hizo consideraciones largas sobre los muertos. El Diputado, el hombre de uniforme, estaban callados, parecían quizás, emocionados. El amigo del Gobernador dijo de pronto, señalando a aquella rodilla: "Ese está vivo".

En efecto, estaba vivo. Se llamaba David Hernández. Era bajo, delgado, moreno; tenía veintitrés años. Vino de Valparaíso. Había entrado al edificio con Estanislao, con Gerardo y con Barraza. El actuaba en el séptimo piso, junto a la radio. A las tres de la tarde supo que había subido Yuric al piso sexto a decirle a Estanislao que se rindiera. El no vió a Yuric, se lo contó Ramírez. Yuric bajó y volvió a subir. Entonces él lo vió. Gerardo ya había muerto y Estanislao decidió entonces que se rendirían. Se acordaba Hernández que dejaron las armas y que bajaron con los brazos en alto. Fueron registrados y les dieron orden de volverse contra la pared. Entonces sonó la voz: "Niños, cumplamos la orden". Hernández sintió dos golpes y cayó al suelo. En el suelo sintió una descarga general. Junto a él había caído Estanislao. Hernández recordaba que Estanislao le tendió la mano. Sintió que tiritaba. Poco a poco, la presión de los dedos se fué enfriando. Después Hernández con todas sus heridas, supo, sintió, que él mismo, él, estaba vivo. Trató, deseó conservar su estado. Oyó que se dió orden de repasar a los heridos. Oyó que alguien bajaba, se iba por la escalera. Hernández solamente oía, no podía ver. Cayó de bruces y no quería moverse para no delatarse. La casualidad lo ayudó. Un Sargento y

otros hombres empezaron a tomar los cadáveres por la cabeza y los pies, y a tirarlos por las escaleras. Hernández sintió que hablaban: "Ese está bien allí". "Pongamos éste por acá". Luego, estuvieron junto a Hernández. Lo tomaron violentamente y lo dieron vuelta. Hernández quedó boca arriba. A pesar de sus heridas se preguntaba que por qué no lo habían tirado escaleras abajo. Después de esto, el Sargento empezó a disparar sobre los heridos y los muertos. Les disparaba desde muy cerca, pegada la pistola a la carne. Hernández sentía un disparo, un quejido, un estertor. Sintió que el Sargento respiraba encima de él. Entonces, allá abajo, una voz bronca distrajo de su tarea al hombre: "Sargento, ¿ha terminado?" "Sí, mi Comandante", gritó el Sargento y bajó las escaleras. Hernández sentía que el frío de las baldosas le entumecía el cuerpo. Las heridas de su hombro le incomodaban, le ardían mucho. Pasó un rato muy largo. Sintió que tres hombres se paseaban tranquilos, pisando sangre, sorteando cadáveres. Cuando pasaban de espaldas, Hernández los veía. Ya habían encendido las luces, y la luz que le daba en pleno rostro le mortificaba. Aprovechó los pasos de los hombres de uniforme para moverse con sumo cuidado. Fué cambiando de posición lentamente y sintió alivio. Se dió cuenta de que su sombrero ha-

bía caído muy cerca de él, junto a su cabeza. Movi6 su cara un poco y el sombrero qued6 tapándole los ojos. Los hombres uniformados no se dieron cuenta. Sintió de pronto una mano junto a la suya. Era Facundo Vargas. Le pregunt6 si estaba herido. Facundo Vargas tenía dieciocho años, era bajo, nervioso y daba la impresión de ser físicamente débil. El recordaba que estaba herido ya cuando llegaron los de la Universidad, no recordaba en qué piso estaba él entonces, pero debía haber sido en el cuarto. Sintió gritos en el piso de arriba, pedían que no dispararan. Oyó descargas. Luego vió subir a un estudiante. Era alto, iba con los brazos levantados. Al poco rato oyó que en el piso de arriba gritaba que no lo mataran. Ese — recordaba Vargas — no bajó con los demás. Los que estaban arriba bajaron al poco rato, rendidos, con los brazos en alto. Cuando venían por la escalera, les dispararon. Algunos cayeron sobre Vargas y luego, ahí mismo, en el piso, fueron arrinconados y baleados. Los Oficiales primero disparaban sus pistolas, luego, enterraban sus sables. Vargas había caído en las primeras descargas, herido a bala en la pierna izquierda. Se fingió muerto. Junto a él había caído otro, que se apoyó en el hombro de Vargas y se levantó. Entonces el Coronel Bautista lo ensartó en su sable dos veces, y él abriéndose el pecho, gritó al Coronel: “¡Viva Chile! ¡Mátame luego, desgra-

ciado!" Vargas aun escuchó la orden de tirar los cadáveres por las escaleras. Una voz decía: "Estos no pueden quedar amontonados". En ese momento Vargas no tenía miedo porque sabía que tenía que morir. Algunos movimientos de otro cuerpo caído junto al suyo, le hicieron saber que estaba vivo. Era Hernández. Vargas le preguntó si estaba herido. Aprovecharon el paseo de los hombres uniformados, cambiaron algunas palabras sobre su situación. Acordaron no moverse. No sabían cómo saldrían de eso. Pero hicieron lo posible por no moverse. Más allá de sus heridas, encerrada en ellas, alentaba cada vida. De pronto sintieron pasos que subían la escalera. Un Oficial y varios subordinados comenzaron el segundo repaso. Con el sable el Oficial y con las culatas de las carabinas los otros, cortaban y golpeaban sobre los cadáveres. Ahora, no se oyeron quejidos, tampoco estertores. El Oficial se acercó a Hernández. El sable le pasó pegado al rostro, pasó echándole viento. El sombrero voló partido en dos hacia un rincón. Hernández no se movió; desde antes, desde que sintió los pasos en la escalera tuvo amarrados sus nervios. A Vargas le golpeó una culata en la frente. Se dió cuenta que estaba tendido sobre sangre. Su cuerpo y su rostro estaban empapados. El Oficial y su gente, después de haber terminado eso,

colocáronse en el primer peldaño de la escalera e hicieron fuego sobre todos ellos. Tres balas hirieron a Hernández. Una en la pierna derecha, otra en la izquierda y otra que, atravesándole la región de la cadera, le salió arriba de la cintura. Después, se fueron los hombres de uniforme. Ahora estaban seguros de que nadie había quedado con vida. Pasó un largo rato. Vargas otra vez le preguntó si estaba herido. El le contestó. Los dos se desangraban lentamente. Y el tiempo no terminaba nunca de pasar. Sintieron nuevos pasos en la escalera. Venían conversando. Un Oficial decía: "Estamos seguros de que no hay nadie con vida". Pasado un largo rato, alguien habló. Y después de un silencio, la misma voz dijo: "Ese está con vida, Diputado". Entonces se paró Hernández y tambaleándose, borracho de heridas, vió a dos señores y a un Oficial, y dijo: "No estoy muerto, señor Diputado". Después se paró Vargas y uno de los hombres de uniforme que estaba de guardia, dejó caer la carabina asustado. Esos señores les preguntaron si estaban heridos. Ellos les pidieron cigarrillos. Vargas, débil, multiplicado de heridas — como si él existiera muchas veces — fumó con fuerzas, caminó cojeando, se sentó en el peldaño de la escalera, en un hueco desocupado de cadáveres y limpio de sangre. Con la cabeza gacha, Vargas

comenzó a transpirar, Dió una chupada lenta, flaca, lanzó el humo débil, después, sin ganas, el cigarrillo, y siguió agachado, debilitándose, entre el sudor. Esos señores lo miraron en silencio. Hernández miró a Vargas, lo vió transpirando, le tuvo lástima. Se preguntó, sin embargo, por qué Vargas se había sentado ahí. El, Hernández, tenía ganas de irse, de salir de eso, de todo eso. Esos señores miraron otra vez a Vargas; le dijeron algo atento. Después Hernández oyó que lo hablaban a él.—“Quisiera irme”—dijo entonces Hernández. Se dirigió a la escalera. Sintió miedo al caminar. Las heridas eran cosas sueltas en su cuerpo y que al moverse él, parecía que se iban a caer al suelo. Todo, para debilitarlo a él también. Las heridas le mortificaban mucho y lo obligaban a detenerse en cada escalón. Tendidos acá y allá estaban los cadáveres de sus compañeros. Cuando descendían del quinto al cuarto piso, le llamó la atención uno de los cadáveres allí tendidos. Estaba al final de la escalera, sobre los peldaños, con la cabeza colgando hacia afuera. Hernández notó que movía levemente los labios. El se inclinó con gran esfuerzo y tomándolo por el cuello lo estremeció. El herido abrió los ojos y levantó la cabeza que, hasta entonces, siempre, había mantenido colgada. El hombre uniformado

que llevaba a Hernández interrogó violento a éste: “¿Qué le pasa?” — “Nada, respondió Hernández, este hombre está vivo”. El hombre uniformado, entonces, con ambas manos, cogió por el lado del cañón la carabina, la blandió y le dió con la culata a Hernández, que rodó hasta abajo. No había alcanzado a incorporarse cuando se sintió tomado de la ropa, por atrás del cuello, y así lo arrastraron hasta el primer piso.

Alberto Montes era agricultor, era joven, alto, macizo, lleno de vida. Había estado con los otros en la Universidad, esa mañana. Recordaba que los Oficiales y la gente de los Oficiales habían atracado contra la pared, en el patio del Rector, a los rendidos, y habían iniciado una corrida de sablazos los Oficiales, de culatazos la gente de los Oficiales. Por ahí uno de débil contextura cayó al suelo. Después, los llevaron por la calle. Montes iba con ellos, con Yuric, con Maldonado, que era poeta y vino del sur, con los dos hermanos, Luis y Héctor, con Luis, a quien le apasionaban los motores de los aviones, con Héctor, que trabajaba en el Teatro Real, con César Parada, que trabajaba en el diario del Partido y hablaba tanto en las asambleas de estudiantes, con Guillermo Cuello, muy joven y gordo, que trabajaba en la Fábrica de Cer-

veza y se acababa de casar. Los metieron en la Caja. Deben haber sido las dos y media de la tarde. En el vestíbulo había muchos hombres de uniforme, algunos civiles. De cuando en cuando, sonaba el estampido de un balazo. Los llevaron arriba. Montes recordaba que un Oficial los acompañó y se quedó con ellos en una oficina. El Oficial era un mozo joven, amable, que inspiraba confianza. Se llamaba Angelini. Como se disparaba desde la calle y las balas rompían los vidrios, el Oficial les dijo que se sentaran y se estuvo conversando con ellos. Pero el Oficial amable fué llamado y ya no lo vieron. Después los vinieron a sacar. Se sentían disparos en los pisos altos y esto les extrañaba, pues supieron que Yuric había subido y que los otros se rendían. Los alinearon en un rincón. Un Oficial amartilló su arma; se oyó el ruido. Después, una descarga a poca distancia los echó por tierra a todos. Se oyeron gemidos. Montes recordaba que algunos llamaban a sus madres. Otros, otro, gritaba furioso a los hombres de uniforme. El lugar de la ejecución tenía seis metros de ancho. Alberto Montes cayó al suelo, contra la pared, y quedó con un brazo en alto. Un Cabo iba disparando nuevamente sobre los caídos y acompañaba sus disparos con groseros insultos: "¿Por qué nos tomó ese odio tan repentino?", pensaba Montes, de bruces en

el suelo. Inmóvil, con los ojos cerrados, podía oír y sentir. De tiempo en tiempo, los Oficiales gritaban: "Cuidado con el rebote de las balas". Montes tenía una gran herida en la cabeza y otra grande en un brazo. Después supo que estaban ordenando los cadáveres. A él lo tomaron en vilo y lo dejaron caer en el duro pavimento, pero reprimió todo movimiento de vida para seguir viviendo. Quedó junto a la escalera, con la cabeza sobre un peldaño y sin estar cubierto por ningún cadáver. Aun sentía suspiros y quejidos. De pronto nuevos balazos hicieron retumbar el piso cuarto. Los hombres de uniforme venían repasando los cadáveres. A él le dieron un balazo en un pie y el otro en la cara; el primero le rompió el calcetín, el segundo le quemó con el fogonazo la nariz. El que le disparaba se subió sobre su estómago y se sacudió en él. Montes tenía la cara totalmente ensangrentada. A ratos sentía nuevas descargas, pero no podía saber si venían de abajo o de arriba; oía gritos lejanos, imprecaciones. Un grupo pasó pinchando con alfileres cada cadáver. A Montes también lo pincharon. Pero, a pesar de sus heridas y su debilidad, no perdía la noción de las cosas y del tiempo, de lo que sucedía y de lo que podía suceder. Se preguntaba qué hora sería. Dos hombres se acercaron, estuvieron junto a él, uno dijo: "Mira el

reloj". Y Montes sintió que dos manos maniobraban sobre él para arrancarle el reloj. Pero la pulsera no cedía; su mecanismo era difícil. El otro dijo: "Córtale la mano". Pero, entonces, la pulsera cedió. Montes comenzó a respirar cuando se fueron. Y recordó que a Enrique Herreros, que cayó cerca de él, que a su cadáver, lo habían dejado desnudo. Iba cayendo la tarde sobre el edificio, cayendo en el piso y Montes permaneció en lo oscuro, rodeado de cadáveres, disfrazado él de cadáver. De vez en cuando venían centinelas a escuchar posibles manifestaciones de vida. Había suspiros y quejidos, débiles, suspiros y quejidos muriéndose. Algún disparo todavía, algún golpe seco. Una voz rompió el silencio: "No disparen porque se siente el ruido desde la calle". Muchos rostros que se mantenían enteros eran chancados. Ya no se oían disparos, sólo golpes secos. Montes, que estaba en la misma escalera, servía de peldaño a los que subían y bajaban; un zapato le golpeó en la boca. Después sufrió exploraciones en los párpados. Averiguaban si estaba vivo. Como a las ocho de la noche volvió a tomar contacto exacto con la hora. Sintió claramente las campanadas del reloj del diario "La Nación". Iba dando acompasado las horas, los cuartos, las medias horas. No sentía ya respiraciones a su alrededor. Más

tarde, supo que llegaban algunas personas, conversaban ahí, pero él no se movió, no tenía ya confianza. Los otros se fueron. Y el tiempo seguía pasando, desangrándose lentamente. Oyó voces roncadas de gente uniformada. Golpes de culata sobre algo blando. Tenía el cuerpo adolorido y entumecido. Estaba tendido sobre las baldosas. Por su cabeza rota de un sablazo pasaban las escenas de la tarde, veía a sus compañeros, cayendo, doblándose, veía a la sangre, y a los gritos, saliendo, cayendo. Veía la escena de un Mayor disparándole en el estómago a un caballero que decía que era José Cabello, empleado de la Caja, lo veía muriéndose. Había sido don José Cabello, empleado de la Caja. Después sintió que bajaban dos hombres. Uno de ellos se inclinó sobre él, le tomó la cabeza y se la remeció. En seguida oyó un golpe, una caída y, después, pasos que bajaban. Dieron las nueve, las diez. Dieron las diez y media de la noche. A esa hora comprendió que los hombres uniformados abandonaban el edificio. Oyó voces de mando, respuesta de los guardianes. Estos decían que ya no quedaba nadie con vida. Llegaron nuevos centinelas a cuidar los cadáveres. Uno quedó cerca de Montes. El lo podía ver. Montes se había resuelto, pero pensó que, si se levantaba de golpe, el hombre, asustado, le dispararía. Comenzó a quejarse

suavemente, a moverse. El hombre de uniforme gritó: "Ha resucitado otro, mi Teniente". Vino un Oficial, luego un Mayor. Lo bajaron al primer piso. Cuando descendía, un oficial le interrumpió el descenso y le gritó: "¿A dónde vas, huevón?, y le quitó el seguro a su carabina. Pero el hombre de uniforme le dijo: "Mi Mayor ordenó que lo esperara en el primer piso". El Oficial se fué rezongando. En el primer piso interrogaron a Montes y de ahí lo llevaron donde el Dentista. Allá encontró a Hernández. Los hombres del Dentista habían golpeado a Hernández porque no decía dónde estaba el jefe. Lo patearon en el suelo. Como no se levantaba, supieron que estaba herido, y lo tomaron de la cabeza y los pies, y lo tiraron sobre una mesa. Estaba ahí cuando llegó Montes.



El hombre de uniforme llegó a la casa. La puerta de madera se arrastró al abrirse. Esto le molestó a él, hubiera preferido que no se arrastrara, que no sonara; pero él sabía que, al abrirla, la puerta se arrastraría. Siempre ocurría así, muchas veces había pensado arreglarla, cortarle un pedazo, cepillarla. Pero nunca lo hacía; sabía que nunca lo haría. Odiaba la casa, el rancho. Era, en verdad, casi un rancho. Estaba furioso.

IV. — EPILOGO PRIMERO

Le molestaba eso, le molestó más ahora. La puerta se abría arrastrándose sobre sus propios nervios, sobre su ánimo. Era lo mismo que cuando allá en la Caja, los muchachos gritaban, lloraban, gemían y, después, sobre todo, se lamentaban largamente cuando ellos les disparaban o cuando hundían los sables o golpeaban con las culatas. Era difícil, era imposible que no gritaran, que no se lamentaran, bien lo sabía el hombre, pero eso era un molesto ruido humano, los muchachos sonaban al morir y eso molestaba realmente.

La mujer, incorporada en la cama, llamaba ya desde el cuarto. La puerta seguramente con su ruido la había despertado.

— Julio, ¿es usted, mijo?

El hombre no contestó. Se estaba sacando el cinturón, lo colgó en el clavo; el cinturón cayó al suelo. El hombre, desganado, se movió un poco sobre las botas que crujieron. El hombre miró el cinturón. Estaba en el suelo. Después se fué él hacia adentro, mientras la mujer decía, hundiéndose otra vez en la cama:

— Apúrese, Julio, mijito. Es tarde ya.

El hombre llegó adentro. La mujer oyó que se enjuagaba la boca sorbiendo el jarro, en el patio. Después oyó el estallido del agua disparada por los labios del hombre. Ahora, bebía un trago largo, se sentía eso.

Su cara se metía dentro del jarro igual que en un pequeño pozo natural, húmedo de tierra, en el que también a esa hora se metía un poco la noche. Debían ser las dos, quizás las tres de la mañana. El cielo se levantaba, se iba hacia arriba; era un aire tirante y seco, una piel que ya transpiró todo su sudor. Sintió otra vez el hombre a la mujer, se acurrucaba en su cama, se movía, buscando. El hombre sabía lo que ella buscaba, la conocía, conocía su voz, su voz que venía desde el interior, desde el centro de la mujer. Lo fastidiaba. Le daba una clase de asco. El no quería sino dormir, acostarse, descansar. Necesitaba oscuridad, silencio.

Allí, tan hacia el oriente, tan alejado de la ciudad, el silencio no era raro. Las ranas lo demostraban. Eso quería él, un sueño arrullado por las ranas. Salió por el patio hacia el campo, miró arriba, a la noche. Respiró con fuerza saludable. Era como si respirara un trozo de potrero, un pedazo de cordillera, blando sin embargo, igual que agua. Estaba tranquilizado ahora, quería estirar las piernas, empezó a caminar, caminó hacia el oriente, hacia la cordillera. Luego sintió el ruido del canal, después empezó a caminar a su lado. El agua corría haciendo ondulaciones sucias, haciendo un rumor, él, sí, limpio. Era famoso el canal; los aburridos lo buscaban y lo encontraban siempre, suicidas

por amor, por dinero, siempre pasaban por ahí; allí abajo iba cada día, cada noche uno, suicida quién sabe por qué cosa, caminando, derivando hacia la ciudad. La ciudad no era a lo lejos sino un rescoldo de luces. En ella había muertos ahora. Todos muertos. El hombre estaba tranquilo, pero pensó: "Yo no hice ningún muerto. Ninguno mató a ninguno, todos los matamos a todos". Sobre todo que existía la orden escrita con la mano, llevada con la mano y ejecutada con las manos. El hombre se sintió más firme, más tranquilo. El estaba vivo y tranquilo, solo en medio de la noche. Aun los perros, que ladraban en las quintas, no estaban tan vivos como él, que estaba callado, que estaba vivo y callado y que sentía todo esto. Darse cuenta era estar vivo ahora. Cogió una piedra, la pesó en la mano y la lanzó con fuerza al agua. La piedra se hundió de un trago. Regresó el hombre a la casa, caminó ligero. Comenzaba a hacer fresco, venían nubes desde el este, desde la Argentina, traían con ellas el fresco, el frío. Entró en el patio. Adentro, la mujer dormía. El hombre se metió en la pieza, cogió el cinturón, lo colgó, con firmeza, en el clavo. Se sacó una bota, que salió llena de calor, calor acumulado todo el día, en la Universidad, en la calle, en el Seguro. El hombre se sacó la otra bota, se levantó del cajón, se sacó la guerrera, después,

el pantalón. Se sentó en la cama y se inclinó hacia los calcetines. Ahora despertó la mujer.

— Todavía está despierto, **mijo**, acuéstese luego.

El hombre estaba sin ropa ya, estaba tranquilo.

— Ya, **al tiro**, dijo.

La mujer, soñolienta aun, habló otra vez.

— ¿Por qué no vino temprano?

— No se pudo, dijo el hombre. Había **boche** en el centro, en el Seguro.

— Ah, contestó la mujer, ya lo sabía. El chiquillo llegó en la tarde diciendo... (el hombre se acordó ahora no más del chiquillo. Dormía en el otro cuarto.)

— ¿Qué?

— Que el Ibáñez estaba haciendo la revolución.

— No, Ibáñez no. ¡Quién sabe!

El hombre acabó de tenderse, la mujer apagó la lámpara. Después de un rato dijo:

— Julio, ¿cómo fué?

— No fué mucho, dijo el hombre, muertos, heridos, como siempre que hay.

— ¿Y tenían armas?

— Sí; pero, duérmase ya. Murieron todos los mierdas.

La mujer pensó. El hombre había estado allá, en el **boche**, y no le había pasado nada, no venía herido.

Estaba entero, completo. Ella estaba, por eso, contenta.

El hombre acostado, ya, sintió alivio. Tenía sueño, el sueño era como una herida en toda su piel, como un machucón extenso, que ahora, en el cuerpo tendido, comenzaba a oreearse. A esa hora estarían sacando los muertos de la Caja. Suerte que no le tocó a él hacer eso. Costaría tanto sacarlos, bajarlos, eran numerosos. Se sentía feliz, refugiado en la cama. Ella, él, eran también a esa hora, como dos muertos, dos moribundos de sueño. Pero él sentía algo robusto en su interior, algo despierto. Eran dos muertos, pero a los cuales él mismo podía hacer resucitar. Las piernas de la mujer estaban ardiendo. Era firme la mano del hombre.

BIBLIOTECA NACIONAL
DIRECCIÓN CHILENA



Amigos míos, llegué tarde a la imprenta. Debían ser las diez de la noche, ya no me acuerdo. No corrían tranvías, y no se podía pasar por las calles del centro. Se veía cordones policiales por todas partes, y en cada esquina había hombres uniformados tapando la bocacalle. En la imprenta, tenían una noticia: "¡La Revista no sale! ¡El Gobernador no deja que salga!" Sin embargo, se trabajaba, pues se creía que a última hora

podría salir la Revista a la calle. Hasta el último día todos esperaban que el Gobernador por fin se fuese, que lo obligaran si no se iba. Subí a trabajar. Encontré allí a Quevedo. ¡De bruces en la mesa, el bruto se había quedado dormido! La rabia, la emoción, me dejaron como un cable eléctrico bajo de una tempestad. Estuve tenso de palabras que quería decir. Quevedo era estudiante también, y había ido esa misma tarde (amigos, ¿lo recuerdan?) conmigo a buscar noticias sobre lo que pasaba. Y ahora estaba durmiendo. Yo pensé. Yo pienso. Trabajas de noche, es tu deber, tu contrato lo dice. Y te duermes. Hacía rato que dormías cuando llegué, ibas lejos ya en tu sueño. Yo también dormiría, tengo cansancio, tengo sueño. Pero no puedo. Tengo que estar despierto, abierto para que pase a través de mí el trabajo; mientras tú, estás dormido, estás cerrado. Abrete, despiértate. No duermas más, no te alejes, regresa a lo despierto. Escucha, el trabajo se amontona. Junto a tu cuerpo dormido hay ya un pequeño cerro de trabajo. Comensales de la labor nocturna, tú y yo tenemos que devorarlo, mastigarlo con nuestra dentadura total, con la cabeza que se afiebra, con las manos que se crispan, con los pies que quieren irse, con los riñones que duelen, con la espalda que se enfría igual que un plato ya servido.

Pero a ti no te importa, tú mueles silencioso tu sueño, tú trabajas para ti solo en tu casa, en tu cuerpo. Trabajas, además, en lo oscuro y la ampolleta no te molesta, no te acalora, no te quema los ojos con el suyo deshollejado y enérgico. Despierta. Pero, qué dormido estás. Qué duro, qué verde está tu sueño. Yo quisiera madurarlo de repente. Pero no podré. Estás cerrado con doble llave de sueño, estás muy lejos, muy abajo, estás subterráneo. No duermas más. Estás dormido de los pies a la cabeza y cada parte tuya sueña con cosas diferentes. Tus pies sueñan que van solos por los campos de Tobalaba, a través de las quintas, y las flores, aspirándolas a ambas, caminando hacia allá, hacia el este, hacia la cordillera fría con la nieve, hacia la nieve tibia con la luna. Tu sexo sueña que está con una mujer, tapándola como la hoja a su fruta. Tu vientre piensa en lo suyo, en sus sólidos y en sus líquidos. Tu cabeza sueña quién sabe con qué cosas grandes, con qué justicias. Tú eres del sindicato. Pienzas quizás — ¡da risa! — en la noche y en sus trabajadores. Pero duermes. No te duermas. Hay que estar despierto. La noche va pasando. Tren nocturno.

En efecto, la noche iba pasando, y comencé a trabajar. La mesa estaba llena de papeles. Llegaban las pruebas de las fotografías de los sucesos ocurridos

en la ciudad ese mismo día. Amigos, dicen que el Gobernador anda viajando ahora, que aun no ha muerto. ¡Que no vuelva nunca! ¡Que sea eterno parado vivo en lo malo! Había una foto mostrando a los estudiantes, que desfilaban con los brazos en alto por la Alameda, rodeados por la tropa. Se veía a Yuric encabezando el grupo, y detrás de él, los dos hermanos, Héctor y Luis, y muchos otros cuyos nombres no indicaba la fotografía, "sin identificar", decía. Había otra mostrando a los prisioneros cuando entraban al edificio del Seguro Obrero. Junto a las rejas, a uno se le descolgaba la sangre por la frente, había otro tirado en el suelo, al lado de su sangre, y junto a él, firme, enhiesto, un hombre uniformado, como si estuviera desarrollando. El hombre uniformado estaba metiendo el sable dentro de la vaina. De esta manera eran las fotografías. Así fué pasando la noche. Después, despertó Quevedo y empezó a trabajar en silencio. Estaba de mal genio. Llegó la hora de irse. Bajé apurado, salí apurado. Yo también estaba de mal genio y tenía, además, una pena que se me iba extendiendo, amargando. Me acordaba de Quevedo, me dió rabia. Me acordaba de los estudiantes, de los obreros — todos del pueblo de abajo —; había visto la fotografía de ellos pasando por las calles con los brazos en alto y, después, esa otra que los mostraba

frente al Seguro, frente a la puerta de la Caja. Era lo último que se sabía de ellos. "Habrían muerto todos los revoltosos", decía el diario que compramos en la tarde. Me sentía con pena, con rabia, con pena. Siempre he creído que para ser absolutamente bueno es necesario, es obligatorio casi, odiar a alguien. Pero también creo que es conveniente no permanecer siempre en este estado, ni odiar a todos los hombres. Pero esto no me impide pensar, por el contrario me empuja a ello, que se debe odiar a algún hombre, a una especie de hombre, hasta donde se pueda y siempre. En ese estado, llegué a la casa. Abrí la puerta, estaba oscuro. La oscuridad me asustó, me hacía pensar en encuentros. Y, por eso, al punto, me incliné sobre el lecho, tenía necesidad de verle los ojos abiertos, la remecí para despertarla, y le dije. Amigos, aun me acuerdo (nunca tuve bastante memoria) que le estuve diciendo:

— Oye, oye, los mataron a todos...

Ella despertó y me dijo, acercándose en su sueño:

— Ah, ¿eres tú? ¿Qué hora es?

Me exasperaba, pero me sentía muy doliente para estar rabioso. Le dije, le expliqué:

— Hubo una matanza de estudiantes en la Universidad, en el Seguro Obrero...

Ahora me contestó lo que yo quería que me con-

testara:

— ¿Cuándo? ¿Cómo? ¿Estuviste en la Universidad?

Y se tranquilizó en seguida. Supo ya que no había estado en eso, puesto que me encontraba ahí. Dijo después:

— ¡Pobres muchachos! ¿Eran muchos?

— No sé... No se sabe nada...

Y, al momento, le digo:

— ¿Cómo te has sentido?

Me contesta con sueño, alejándose, acercándose:

— Mal. Me ha dolido el cuerpo. No me he levantado en todo el día. Después:

— Los ratones han estado escarbando todo el día. Me tienen muy nerviosa.

Se duerme.

Me quedé pensando:

— Los ratones... Habrá que traer un gato.

Sábado, 26 de agosto de 1939.

INDICE DE LOS ASESINADOS

	<i>Págs.</i>
<i>Explicación de esta sangre</i>	7
I.— <i>Antecedentes</i>	17
II.— <i>Cómo ocurrió</i>	27
III.— <i>En la noche, los vivos</i>	47
IV.— <i>Epílogo primero</i>	67
V.— <i>Epílogo segundo</i>	75

V. — EPILOGO SEGUNDO

Y
se
terminó de imprimir el día
lunes 9 del mes
de setiembre del
año de mil novecientos
cuarenta en las
prensas de "la Editorial
Ercilla, sitas en la calle de
las Agustinas número 1639
en Santiago de Chile....